

9. EL FRENTE POPULAR

Hemos dicho que tanto el Partido Conservador como el Partido Liberal libraban una lucha interna —cada uno a su manera— por definir su proyecto republicano, que, en cierta forma, dependía de su proyecto de ciudadanía, y que las definiciones que se dan en España van a ser muy importantes para el triunfo o el fracaso de los "modelos de República". En el Partido Liberal colombiano, el modelo incluyente del "Frente Popular" se convierte en una oportunidad para legitimar un programa de reformas que no tienen consenso entre las élites; es decir, la alianza de los sindicatos y las organizaciones populares con el Gobierno para impulsar las reformas, frente a los sectores que se oponen a ellas, y, de paso, impulsan el proyecto de "otra república", más acorde con el statu quo, y que aplaque por la vía autoritaria los reclamos de los sectores que abogan por una "ciudadanía real". El presente capítulo sigue el rastro de los sucesos españoles, del retorno al poder de las izquierdas con la alianza del Frente Popular, de la aguda crisis del régimen republicano y del preludeo del golpe militar, y se detiene en cómo se reflejan esos hechos en el periódico conservador *El Siglo*, creado por dos dirigentes conservadores, pero liderado por Laureano Gómez y puesto al servicio, de manera apasionada, del proyecto de "República Conservadora Católica", que describimos en el capítulo anterior.

Los frentes antifascistas

No hay que olvidar que las izquierdas españolas habían perdido el gobierno el 19 de noviembre de 1933, y que las derechas gobernaban desde entonces. El 15 de enero de 1936 se produciría en España un hecho inédito, que tuvo repercusiones en toda América Latina: *Izquierda Republicana*, de Manuel Azaña; *Unión Republicana*, de Diego Martínez Barrios; la *Esquerra Catalana*, y los Partidos Socialista y Comunista lanzaron su programa electoral para los comicios de febrero bajo un programa "democrático-burgués" que denominaron "Frente Popular"²⁶⁷; era el reflejo hispano de los Frentes Populares antifascistas lanzados por la Internacional Comunista para contrarrestar el avance de la extrema derecha en Europa.

267 JACKSON, Gabriel. La República española, Barcelona, 1987, Ediciones Orbis, p. 175.

Este acuerdo no era nada nuevo ni original; en la segunda mitad de 1935, luego de que al fin los comunistas europeos, especialmente alemanes e italianos, se convencieron de que el ascenso de los fascismos era un hecho más importante que cualquier otro fenómeno político, dejaron de atacar a los moderados y socialdemócratas, considerados hasta entonces sus enemigos más peligrosos –inclusive, los comunistas alemanes apodaban a los socialdemócratas como "social-fascistas", y, paradójicamente, se aliaron con los nazis y con otros partidos de corte reaccionario para cerrarles el paso, e incluso los habían atacado violentamente en refriegas callejeras–.

Apoyados en su retórica estatista, obrerista y "socialista", y envueltos en las formas demagógicas de ciertas formas de discurso populista, los partidos fascistas habían logrado seducir a muchos intelectuales, militantes y organizaciones que habían sido complacientes o tolerantes, e incluso simpatizantes, con el auge de los movimientos fascistas. La política de los Frentes Populares tendría repercusiones en la política mundial, en la medida en que los partidos comunistas y socialistas rompieron sus ambigüedades y se distanciaron de manera definitiva e irreconciliable de los partidos fascistas. Además, este proceso introdujo debates que replantearon a nivel mundial el valor y el papel de las instituciones democráticas, haciendo que muchas organizaciones políticas realizaran una reflexión sobre las formas republicanas y emprendieran en muchos casos la defensa de la democracia como forma del Estado, frente a las formas totalitarias, a cuya apología se habían dedicado los partidos de derecha.

Bien o mal, en Occidente los frentes antifascistas fueron coaliciones por la democracia, y, de alguna forma, el preludio de las batallas para que esta construcción de la humanidad sobreviviera a los embates del espíritu totalitario; así mismo, estas alianzas allanaron el camino a la formación del bloque de Estados republicanos y socialistas en defensa de la modernidad republicana, el cual enfrentaría al bloque de Estados defensores del modelo de modernismo reaccionario: el bloque de los Aliados. La política de los frentes antifascistas, además, puso en evidencia los errores de los estadistas del mundo al declarar la "no intervención" ante la agresión del Eje contra la República Española; pero, a su vez, el antifascismo se convirtió en una ideología que encubría muchos supuestos y muchas confusiones, y España será el escenario donde confluyen todas las contradicciones, pero con reflejos en todo el mundo. Para los comunistas, el ascenso del fascismo era síntoma de la "fase superior del capitalismo" y preludio de la revolución socialista; así lo caracterizaban en 1933, luego del ascenso de Hitler:

[...] la instalación de la dictadura fascista abierta, disipando todas las ilusiones democráticas de las masas y liberando a estas de la influencia de la socialdemocracia, acelera la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria²⁶⁸.

268 L'Humanité, París, 1 de abril de 1933. Tomado de una resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Citado por FURET, François. El Pasado de una Ilusión, Ensayo sobre la Idea Comunista en el siglo XX, México, FCE, 1995, p. 243, n.º 2.

Y era una forma de ver con buenos ojos el supuesto "desarrollo natural" de la crisis del capitalismo. Stalin guardó silencio durante más de un año sobre la proscripción de los comunistas en Alemania; ni siquiera el *incendio de Reichstag*²⁶⁹ (Parlamento alemán), en 1933, fue motivo para que modificara su posición, a pesar de que fue el primer pretexto de Hitler para suspender todas las libertades y comenzar así la gran purga anticomunista; además de que fue el motivo para que el mismo Reichstag trasladara todos los poderes al mismo Hitler, a menos de un mes de su ascenso como canciller. Moscú, en alarde de una política pragmática, aceptó el argumento de que el problema comunista era un asunto interno y no un problema de relaciones con la URSS. El juicio contra Georgi Dimitrov, capturado y acusado del incendio, se convirtió en causa mundial por la democracia y la justicia.

La propuesta de los Frentes Populares fue un importante cambio de política de los comunistas desde mediados de 1935, y el prestigio del mismo Dimitrov, quien fue el presidente del Komintern desde 1934, le dio mucha credibilidad, a pesar de la desconfianza de muchos partidos y líderes democráticos que no aceptaban con facilidad una alianza con la Unión Soviética y los partidos comunistas. Pronto el curso de los acontecimientos de la Guerra Civil Española y las políticas cobardes o incoherentes de las potencias reivindicarían y le darían aún más el carácter de lucha por la democracia a las alianzas antifascistas. Pero un hecho terminaría de convencer a los líderes vacilantes: "La noche de los cuchillos largos", el 29 de junio de 1934, cuando el propio Hitler ordena una purga de importantes jefes y guardias de asalto de su partido nazi; el mundo estaba ante el horror que prefiguraba lo que iba a ser una larga dictadura sin escrúpulos. En este contexto, muchos partidos y líderes republicanos, liberales y demócratas de diferentes matices aceptaron la alianza; primero fueron los socialismos franceses, y enseguida, los españoles.

Colombia no se pudo abstraer de esta corriente mundial. El 1.º de mayo de 1936 el presidente López Pumarejo produjo un hecho sin precedentes que marcó la política nacional en las décadas siguientes y dio un rumbo nuevo a la *República Liberal*, al presidir la marcha obrera al lado de los líderes del Partido Comunista, para sorpresa de las pacatas élites de su partido, y sirviendo de bandera a los diferentes matices del partido de oposición, algunos de cuyos militantes eran declarados fascistas. Entre tanto, en México el presidente Lázaro Cárdenas hizo lo mismo, y en toda América surgieron alianzas similares entre liberales, socialistas y demás matices de izquierda y los ortodoxos comunistas. Era, sin duda, el reflejo directo de lo que sucedía en Europa. Las derechas del mundo tenían ante sí, y de forma inesperada, la oportunidad para autoafirmar sus profecías y autoconvencerse de que tenían razón: que el comunismo se tomaba el mundo y que era la hora de las revoluciones de derecha que previnieran las revoluciones de izquierda. Mientras que las

269 El incendio del parlamento alemán, muy posiblemente causado por los mismos nazis, fue uno de los episodios en que Berlín y Moscú se enfrascaron en una disputa de colosos. Fue una de las grandes batallas, más que por la verdad, por la propaganda de Estado entre dos grandes autoritarios. Lleno de pruebas falsas y mentiras de ambos bandos, que puso en juego todas las estrategias de guerra psicológica del totalitarismo. Cuando un hecho histórico como las Torres gemelas de New York tiene tantos usos propagandísticos, políticos y militares, no deja de pasar por la mente la experiencia del incendio de Reichstag.

izquierdas pensaban lo mismo sobre el cumplimiento de sus propias profecías: la crisis universal del capitalismo anunciaba la llegada de la revolución mundial.

La profecía de Hitler y la búsqueda de la unidad antifascista

Una vez en el poder, Hitler se dio a realizar su "revolución". Goebels anotaba en su diario: "hemos alcanzado el objetivo. Comienza la revolución alemana"²⁷⁰; pero ¿qué tipo de revolución impulsaría este tipo de partido y de líder? Después de su toma del poder y de transformarse en dictador luego del incendio del Parlamento y de la Noche de los cuchillos largos, Hitler insistía en llamar revolución a su gobierno, y muchos diarios nacionales y extranjeros, incluyendo los norteamericanos, llamaban las acciones de su gobierno como "acciones revolucionarias"²⁷¹. Una vez que las milicias nazis mataron a muchos militantes comunistas y recluyeron a otros en sus campos de prisioneros, se terminó la contradictoria "simpatía" de los partidos liderados por la URSS, que pensaban que era más peligrosa la socialdemocracia que el nazismo. El hecho de que Hitler fuera visto como la "última fase del capitalismo" hacía que los dirigentes del Partido Comunista alemán se congraciaran con él, a pesar de su radical furia anticomunista, no porque fueran simpatizantes, sino porque lo veían como un mal más conveniente que otros males²⁷².

En 1935, el viraje de los comunistas hacia los Frentes Populares corregía un grave error en el que habían incurrido por su dogmatismo, el cual los había aislado de otros movimientos democráticos y fortalecido las derechas; pero era tan evidente la extraña cercanía de los comunistas alemanes a Hitler que se podría decir que esta habría sido de dos vías, de amor-odio, que se reflejó de manera ambivalente, por ejemplo, en el comportamiento de la Unión Soviética con los pactos de 1939. Pero dejemos que sea en las mismas apreciaciones del Führer; en 1934, que se vea que las interacciones entre nazis y comunistas eran más profundas, cuando afirmaba:

No es Alemania la que se volverá bolchevique, sino el bolchevismo el que se transformará en una especie de nacionalsocialismo. Además, hay más nexos que nos unen al bolchevismo que elementos que nos separan de él. Hay, por encima de todo, un verdadero sentimiento revolucionario vivo por doquier en Rusia, salvo donde hay judíos marxistas. Siempre he sabido darle su lugar a cada cosa y siempre he ordenado que los antiguos comunistas sean admitidos sin demora en el partido. El pequeño burgués socialista y el jefe sindical nunca serán nacionalsocialistas, pero sí el militante comunista²⁷³.

270 STEINERT, Marlis. Hitler. Buenos Aires: Vergara, 1999, p. 201.

271 Ibidem, p. 205.

272 JACKSON, Op. cit., p. 174.

273 RAUSCHNING, Herman. Hitler m'a Dit, Confidences du Führer sur son Plan de Conquête du Monde, Cooperación, 1939. Cap. XXI Alusión similar en medio del apasionamiento de FURET, François. El pasado de una ilusión, Ensayo sobre la Idea Comunista en el siglo XX. México, FCE, 1995, pp. 222-223.

Y no le faltaba razón. La frase que se atribuye a Borges, de la necesidad de escoger muy bien los enemigos porque terminamos pareciéndonos a ellos, se empezaba a cumplir; su afirmación se fue haciendo realidad no solo para el bolchevismo de la URSS, sino para el que se practicaba en muchas partes del mundo, en la medida en que las izquierdas adoptaron la "ley del talión" y decidieron responder con las mismas armas que las derechas, abandonando mucho de su proyecto ético. La violencia y la acción directa se convirtieron en el lenguaje de la política; luego sería la guerra el común denominador, así como el totalitarismo se convirtió en la forma del régimen de quienes desde diferentes perspectivas ideológicas y con antagonicos proyectos de sociedad renunciaron explícitamente o manifestaron en la práctica su desprecio por la "democracia burguesa", aquel dispositivo complejo perfeccionado por las revoluciones modernas para regular la participación, para construir el derecho, la representación, la transparencia y la equidad en el interior de la sociedad y en las relaciones de poder entre el Estado y la sociedad civil.

Al atacar a la socialdemocracia como el apoyo social del fascismo, en tanto que diversas facciones socialistas enfrentaban las hordas paramilitares llamadas "secciones de asalto", el comunismo alemán y, por ende, el europeo, que recibía las consignas de la Internacional, habían debilitado la fuerza antifascista y facilitado el ascenso y la consolidación de la dictadura de Hitler. En España no sucedía lo mismo, pues el Partido Comunista no sobrepasaba el 5% del apoyo electoral, pero el enfrentamiento de los comunistas a las diferentes fracciones republicanas, socialistas y anarquistas había posibilitado o, al menos, facilitado el "Bienio negro", la toma del poder por las derechas y la contrarreforma que se atribuye a este periodo. Durante la década anterior los comunistas habían desarrollado varias campañas de desprestigio contra el Partido Socialista, y las luchas en el seno de los sindicatos eran irreconciliables, lo cual llenaba de desconfianza a los socialistas. Sin embargo, los éxitos del programa agrario de la URSS produjeron acercamientos programáticos en algunos líderes de ambos partidos, lo cual posibilitó la coalición en 1936, hasta el punto de que luego de la victoria electoral algunas voces pedían la unificación²⁷⁴. Es de anotar que, además, el PSOE estaba dividido en dos alas irreconciliables: los moderados o demócratas, liderados por Indalecio Prieto, y los revolucionarios radicales, de Largo Caballero.

Al lanzar en 1935 la política de las alianzas antifascistas, en Francia rápidamente se constituyó una coalición que llevó a los socialistas al Gobierno, bajo el liderazgo de León Blum, lo cual tuvo gran resonancia en todo el mundo, especialmente en España, en las elecciones de 1936, y por esa vía en toda América. Los partidos republicanos habían aplazado temporalmente su anticomunismo, en aras de atajar el que, con justa razón, consideraban el mayor peligro. El comunismo era un tabú para los partidos liberales y republicanos, que momentáneamente se había roto; para los partidos conservadores y católicos la traición al principio fundamentalista del anticomunismo fue uno de los mayores retrocesos, pues el rechazo de los republicanos a los proyectos del campo socialista automáticamente los convertía en posibles Aliados de esos movimientos conservadores; con este nuevo alineamiento

274 JACKSON. Op. cit., pp. 191-192.

miento, el núcleo del centro los aislaba, por obvias razones doctrinarias, ya que para ellos la revolución socialista soviética encarnaba todos los peligros y, por tanto, la justificación de todos los excesos. Y aunque durante los años treinta la Unión Soviética, bajo la conducción de Stalin, mantuvo una pragmática y ambigua política internacional frente a los gobiernos del eje Roma-Berlín-Tokio, esta convergencia entre el campo socialista y el republicano (liberal y conservador) fue la base programática, social y política de la posterior coalición militar antifascista, conocida como los Aliados, que decidió el curso de la historia mundial.

La profecía de Lenin: un sóviet ibérico

El Frente Popular en España fue proclamado el 15 de enero de 1936 como la más fuerte coalición de las izquierdas con miras a las elecciones de febrero, con un programa mínimo que recogía las banderas de las reformas de 1931-1933, consistente en reinstalar la política de Estado laico, la reforma educativa, la profundización de la descentralización de las "autonomías", acelerar el ritmo de la reforma agraria y conceder amnistía a los cerca de 30.000 presos políticos que atestaban las cárceles como consecuencia de la oleada conservadora del "Bienio negro". Dentro de la coalición, el Partido Comunista Español obtuvo un rápido crecimiento y se consolidó como uno de los miembros importantes del Gobierno, que por consenso estaría en manos únicamente de los republicanos con un fuerte respaldo parlamentario en las Cortes. Pero la llegada de los comunistas al Parlamento, y su crecimiento en el escenario político aceleró la polarización; su presencia llenaba de argumentos a las derechas, y el fantasma de la revolución bolchevique llenaba de malestar a los sectores más tradicionalistas, e incluso a muchos republicanos, y, claro está, a todos los movimientos por fuera de la coalición. Pronto los titulares repetirían que se estaba cumpliendo la profecía de Lenin: que España y Portugal conformarían la segunda república socialista europea, una especie de "Sóviet Ibérico" controlado por Rusia. En la euforia del triunfo electoral del Frente Popular, *El Siglo* en Colombia transmitía y pronosticaba los temores de las derechas españolas y mundiales:

El Siglo

FECHA	TITULAR	RESUMEN	
21/02/36	Graves desórdenes en España bajo el nuevo régimen	Comentarista manifiesta que Socialistas de España planean convertir a 5 años la democracia Española en una república Ibérica de los Sóviet, con Portugal incluido, comienza a cumplirse profecía de Lenin, en el sentido de que España sería la segunda nación en caer en el comunismo.	<i>"Dominar los impulsos criminales de las masas izquierdistas, que como se sabe, ya han comenzado sus atentados contra vidas y bienes"</i>

Entre tanto, las derechas españolas, lideradas por la CEDA, se hundían en las luchas internas, mientras que los falangistas de José Antonio Primo de Rivera ganaban, con sus métodos violentos, múltiples simpatías entre las atemorizadas capas medias, el clero y medianos y grandes propietarios urbanos y rurales, y, sobre todo, entre los jóvenes influenciados por las ideologías nacionalistas en furor en la Europa de esos tiempos. Pero, invariablemente, las sobrepolitizadas juventudes izquierdistas y derechistas hacían permanentes apuestas por la participación violenta:

Los sentimientos de clase y las lealtades religiosas determinaban a cuál de las organizaciones se adhería un estudiante o un obrero joven. Si su catolicismo era fundamental y no tenía fuertes inclinaciones monárquicas, se unía a la JAP [Juventud de Acción Popular, brazo juvenil de la CEDA]. Si sus ideales de lealtad y legitimidad eran tan fuertes como el catolicismo, se uniría a los carlistas o a Renovación Española, [partido monárquico Alfonsino de José Calvo Sotelo]. Si admiraba a Mussolini y a Hitler, odiaba a los marxistas y también a las antiguas clases privilegiadas, se afiliaba a las JONS [Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista] o a la Falange. Si se sentía atraído por la dialéctica del marxismo y había rechazado al cristianismo, se incorporaba a la Juventud Socialista o al Partido Comunista. Pero en todos los casos rechazaba la República burguesa y se burlaba o inconscientemente subestimaba las virtudes de la democracia parlamentaria [...] ²⁷⁵.

Entonces, lógicamente, el desprecio por las formas de la democracia llevaría a estas fuerzas sociales y políticas, irremediabilmente, por el camino de la violencia. Continuando con el análisis del historiador norteamericano Jackson:

[...] pero todas ellas se preparaban para la violencia heroica, concebida no como una brutal prueba de fuerza, sino como un ingrediente necesario de la actividad política. En la Casa de Campo, al oeste de Madrid, la JAP, la Falange y la Juventud Socialista se ocupaban los domingos de su entrenamiento paramilitar. En Valladolid, las patrullas de las JONS imitaban a los fascistas italianos con incursiones terroristas relámpago sobre las barricadas obreras y ruidosas reyertas callejeras. En Valencia, los jóvenes carlistas o de la JAP guardaban los conventos en momentos de tensión política, por si acaso ²⁷⁶.

Así, con estos métodos y a través de estos mecanismos de sociabilidad política, en medio de un gran desprecio por la democracia, se fue construyendo el clima de destrucción de la República y de acercamiento inexorable a la guerra civil. Con estas prácticas políticas era inevitable, como ya había sucedido en Alemania y en Italia, un camino acelerado hacia la dictadura. España tardaría cuarenta años para lograr reconstruir la oportunidad de vivir una democracia para el ejercicio de la política sin violencia, oportunidad que perdió definitivamente en 1936.

²⁷⁵ *Ibidem*, p. 165.

²⁷⁶ *Ibidem*, pp. 169-170.

Los hechos y los mitos

En la construcción de los imaginarios del enemigo siempre hay hechos fundamentales, grandes hitos, para la construcción de motivaciones justificatorias de violencia hacia el contrario; ese papel lo jugó en gran medida en el ambiente político español la Revolución de Asturias; las versiones del bando de la República contaban a su manera los hechos, mientras que las derechas armaban todo tipo de justificaciones con miras a las elecciones de 1936; pero la ausencia de un debate claro y de información confiable debido a la férrea censura de prensa contribuyó a distorsionar la realidad y a dar por ciertos muchos mitos y rumores. De esta forma, tales informaciones circulaban de boca en boca en el contrapunteo acalorado de las discusiones cotidianas y los enfrentamientos cara a cara de sociedades sobrepolitizadas, donde el enfrentamiento de cada día empezaba a reproducir las confrontaciones de la vida pública, transportándolas del ágora y el foro al barrio, al comedor, al bar, al aula de clase y a todos los espacios semipúblicos y privados, saturando los intersticios de la cultura política.

Las ideologías antagónicas se construyeron a partir de bloques de pensamiento que constituyeron sistemas cerrados que imaginaron un enemigo perverso, y los hechos reales o supuestos cumplían la función de ratificar o reforzar lo imaginado. Así describe Jackson el ambiente próximo a las elecciones de 1936:

[...] la mentalidad de los grupos juveniles tanto de las derechas como de las izquierdas estaba dominada por el recuerdo de la revolución de Asturias y sus secuelas. Con la implacable censura pesando sobre la prensa no les quedaba más remedio que creer en sus propios mitos. Las juventudes de la JAP y de Falange creyendo que los mineros habían violado monjas y hecho una matanza entre la clase media de Oviedo, se sentían ultrajadas por la conmutación de las sentencias de muerte [...] mientras el glorioso ejército soportaba el oprobio de la necesaria limpieza de los revolucionarios. La juventud socialista, por su parte miraba a Asturias como una gloriosa derrota. Creyendo que las atrocidades habían sido cometidas tan solo por las fuerzas de la represión y convencidas que la clase obrera industrial estaba destinada a conducir a la humanidad hacia un futuro mejor, dejaban de lado la responsabilidad de las izquierdas en el origen de la tragedia. La sublevación había sido un error táctico no un crimen político [...]. Para ambos bandos la revolución de octubre indicaba no la necesidad de un gobierno moderado y democrático, sino la inevitabilidad de una prueba de fuerza mejor preparada entre las derechas y las izquierdas²⁷⁷.

En este ambiente encaraban los españoles las elecciones, donde la coalición del Frente Popular comenzaba a gestar el descalabro derechista para poner fin al "Bienio Negro". El Frente Popular, con sus diferentes tendencias, obtuvo más del 50% de la votación y el 80%

277 Ibidem, p. 170.

de los escaños en el Parlamento; pero ni siquiera los socialistas, la fuerza principal de la coalición, hablaban el mismo lenguaje; la República era cada vez más una Torre de Babel flotante en un mar de contradicciones internas. Mientras Francisco Largo Caballero, líder del ala izquierdista, hablaba de "revolución socialista"; Prieto, quien comandaba a los moderados, hablaba de la "renovación de la coalición republicano-socialista". La relación era inversamente proporcional: a medida que las fuerzas triunfantes del Frente Popular se fragmentaban, al no poder instaurar un consenso sobre el rumbo que había que dar a la República, las derechas se unificaban ante la derrota. Mientras Francisco Largo Caballero y los izquierdistas sobrevaloraban el triunfo y se autoimaginaban Lenin en la Revolución de Febrero, el prelude de la Revolución de Octubre, Prieto y los moderados, con mucho más realismo, respetaban los acuerdos con los demás matices de la coalición y miraban con prudencia las consecuencias del triunfo y el impacto que tendría en el ambiente polarizado.

La espiral ascendente del clima de violencia hacía que unos partisanos estuvieran dispuestos a iniciar la carrera hacia la revolución, y los otros, sus enemigos, a dar el golpe mortal a la República; así, las derechas veían en el Frente Popular un avance del comunismo soviético o el comienzo de una terrible revolución, y pronto estos imaginarios, tal cual, se trasladaron a América. Pero los fascismos eran ante todo una revolución de extrema derecha para prevenir todo lo que en su criterio se asemejara a las revoluciones de izquierda; habían aprendido de la revolución soviética y no estaban dispuestos a tolerar una más.